

BALTASAR DE OBREGÓN *

ROSA CAMELO

De todos los autores presentados en este ciclo, es Baltasar de Obregón el menos conocido. Tal vez esto se deba a que su narración se ocupa de la conquista de una parte del norte de México y por esto su suerte ha sido la misma de muchos otros autores regionales, que por no ocuparse de temas generales o que atañen al centro del país, han sido olvidados por quienes no son especialistas en la región concreta a que ellos se refieren.

No quiero decir con esto que los autores que se dedican a la historia de Durango, Sinaloa, Sonora o Chihuahua no lo hayan apreciado en lo que vale y no hayan recurrido a su obra cuando se ocuparon de la conquista de estas regiones, sino que dentro de los estudios que se refieren a la historiografía de México, Obregón y muchos otros autores regionales no han sido colocados en el sitio que dentro de esta historiografía merecen.

El presente acercamiento trata de cumplir esa finalidad. Presentar su pensamiento, su relación con su tiempo, lo que el hombre, Baltasar de Obregón ha dejado de sí mismo en su *Historia* . . . y situar a ésta en un lugar dentro del marco general de la historiografía mexicana del siglo xvi.

La obra, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*,¹ fue empezada en el último tercio del siglo xvi y terminada en 1584. Trata de algunas de las expediciones que se hicieron hacia el norte de la Nueva España. Su núcleo principal lo ocupa la conquista de la Nueva Vizcaya, llevada a cabo por Francisco de Ibarra de 1562 a 1569. Obregón participó en ella aunque no desde su inicio y recogió la información necesaria

* Conferencia leída el 27 de abril de 1976 en la Academia Mexicana de la Historia, dentro del ciclo "Historiografía de la Nueva España".

¹ Baltasar de Obregón, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España, escrita por el conquistador...*, año de 1584, prólogo de Mariano Cuevas, México, Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública, 1924. xv-304-xi n. ils.

para narrar, no solamente los hechos en que tomó parte, sino aquellos que se dieron antes de su incorporación a las fuerzas del conquistador.

Se ofrece el símil fácil: "El Bernal Díaz de la conquista del Noroeste" pero, ¿es esto válido? Si en algún momento se tratara de ofrecer una caracterización rápida, ¿podría esta frase dar una idea de Obregón y de su obra? Como siempre sucede con este tipo de frases lapidarias, sí y no. Sí, por lo más obvio, porque es un soldado que participa en una conquista y escribe sobre ella. Sí, también, porque a lo largo de su escrito aparece manifiesto que la Corona no ha sabido, podido o querido agradecer y reconocer los beneficios que les debe a los conquistadores, que con sus acciones y sus caudales le han entregado un inmenso y rico reino. Sí, porque sus historias traslucen claramente su esperanza de alcanzar recompensas por lo realizado. No, porque pertenece a una generación diferente, que aunque ha compartido con sus padres la amargura de ver rechazadas por la Corona sus solicitudes, suma a ésto la conciencia de que por ser nativos de las Indias, tienen ante los funcionarios originarios de la península una injusta posición de inferioridad. No, porque su estilo es diverso, menos sibarita en el detalle, menos añorante de unos sucesos que Bernal considera idos para siempre y que Obregón pretende volver a vivir. No, porque si al tomar la pluma espera lograr gratificaciones y reconocimientos, la manera en que quiere alcanzarlos es muy diversa a la del anciano conquistador. Más adelante volveremos sobre ésto.

De su vida conocemos poco. Sabemos que fue miembro de una de las familias distinguidas de la Nueva España y que su abuelo fue Rodrigo de Baeza, quien tuvo en Cuba los cargos de tesorero y contador. Este Rodrigo de Baeza, hizo el intento de pasar a la Nueva España con Pánfilo de Narváez, pero Diego Velázquez, gobernador de la isla, se lo impidió porque requirió de sus servicios para que hiciera la pacificación de unos indígenas sublevados. Estuvo después en Veracruz, con un navío cargado de armas y bastimentos que vendía a los conquistadores, y al poco tiempo repitió su experiencia de la expedición de Narváez, ya que estuvo a punto de participar en el viaje a las Hibueras pues iba de secretario de Cortés, pero éste le ordenó a medio camino que se regresara para que atendiera unos negocios urgentes. Cortadas de esta manera sus alas de conquistador, fue recibido

como vecino de la ciudad de México en 1526, así que tuvo la categoría de primer poblador, y es de esta manera como se le cita en algunos de los documentos presentados por sus descendientes para alcanzar ciertos beneficios de la Corona, porque la encomienda de Tezontépec, que le había pertenecido, no rendía lo suficiente. Su mujer fue Mari López de Obregón, abuela de Baltasar, de la que Dorantes de Carranza dice que:

...el día de su muerte y entierro fueron de loba, capuz y toca negra, setenta entre hijos, nietos y bisnietos y los más son vivos; y en sus honras celebraron la misa en San Francisco de esta ciudad de México cinco nietos suyos sacerdotes y otro que predicó. Murió la susodicha de más de noventa años y yo la conocí.²

Fue pues Baltasar de Obregón nieto de estos dos personajes y primo, en consecuencia, de Francisco de Terrazas "excelentísimo poeta toscano, latino y castellano, aunque desdichado, pues no acabó su Nuevo Mundo y conquista".³

La mayoría de esta información sobre la familia Obregón la he recogido en la *Sumaria Relación* de Dorantes de Carranza y en los documentos que con el título de *Catálogo de pobladores de la Nueva España*,⁴ publicó el doctor Edmundo O'Gorman. Las noticias acerca de la vida de Baltasar de Obregón provienen de su *Historia*. La fecha aproximada de su nacimiento se la debemos al padre Cuevas, descubridor y editor de su obra, quien en el prólogo de la publicación reproduce su acta de bautismo efectuado en el Sagrario Metropolitano el 14 de enero de 1544.⁵ Fue su padrino Luis Marín, uno de los capitanes de Cortés, enviado por éste después de la caída de Tenochtitlan a la conquista de Chiapas. De diecinueve años, Obregón viajó a la Baja California en una expedición que comandaba Antonio de Luna y que, como muchas de las que por entonces se efectuaban, tenía como fin el de pescar perlas, más bien, el de hacer que los indios bucearan y pescaran perlas para ellos.⁶ Después de esta aventura

² Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, prólogo de Luis González Obregón, México, Imprenta del Museo Nacional, 1902, viii-491 p., p. 311.

³ *Ibid.*, p. 179.

⁴ *Catálogo de pobladores de Nueva España*, arreglo, introducción e índices por Edmundo O'Gorman, México, Archivo General de la Nación, 1941, 512 p.

⁵ Baltasar de Obregón, *op. cit.*, p. vi.

⁶ *Ibid.*, p. xxiii y 115.

no volvemos a tener noticias de él hasta 1566. Según su propia narración, en este año llegó a la ciudad de Compostela, hacia donde se "había adelantado" no sabemos desde qué lugar, a dar aviso al gobernador Ibarra de que don Juan de Avellaneda había partido a detenerlo.⁷ Los enemigos de Ibarra trataron de impedir que su conquista llegara a buen término y habían intrigado en la corte hasta lograr una real provisión en su contra. En Compostela se encontró Obregón con Hernando de Trejo quien había recibido una carta en que Ibarra le solicitaba que aceptara atender el asiento y población de la villa de Chiametla, donde se hallaba por el momento. Se pusieron en camino, rumbo a la villa mencionada, pero en Xalisco, Obregón se sintió enfermo y quiso confesarse, tanto por temor a la enfermedad como porque lo consideró prudente pues iba a entrar en territorio peligroso, pero un fraile franciscano les dio con la puerta del cielo en las narices, negándoles la confesión porque los soldados mataban indios. De manera que por no dar muestras de flaqueza, tuvieron que continuar su marcha hacia la guerra con las almas sucias.

En Chiametla se encontraron con Francisco de Ibarra. Trejo quedó al mando de la población y Baltasar pasó a Sinaloa. Se vio en apuros en la batalla de Zahuaripa⁸ cuando se reventó su arcabuz y tuvo que pelear con lanza y adarga; pasó hambres al cruzar la sierra y aprendió a comer bellotas amargas y hongos, cuidando mucho que estos últimos no fueran como los que una noche comió el capitán y que le hicieron tener alucinaciones, ante la alarma de todo el campamento que veía a Ibarra correr por el campo dando voces.⁹ Cuando la situación desesperada de la gente que cruzaba la sierra alcanzó su punto crítico, nuestro autor se ofreció para buscar una salida que los llevara de regreso al valle de Sonora. Con dificultades encontró el ansiado paso que permitiría también el tránsito de los caballos, y el capitán premió al cumplido guerrero diciéndole que no se esperaba menos de tan buen soldado y a sus descalzos pies con unas alpargatas que el propio Ibarra se quitó: que no "fueron poco favor y regalo porque [las] que había gastado [las] remendó muchas veces".¹⁰

Su consejo fue a menudo bueno, pero no siempre oído; como la ocasión en que Ibarra se apoderó del maíz que unos indígenas

⁷ *Ibid.*, p. 113-114.

⁸ *Ibid.*, p. 171.

⁹ *Ibid.*, p. 216.

¹⁰ *Ibid.*, p. 219-220.

almacenaban, a pesar de la insistencia de Obregón para que no lo hiciera y se procuraran alimento de alguna otra manera. El capitán sostuvo sus órdenes y... ¡claro!, tuvieron después una batalla que fue una de las más duras que hubieron de sostener en Sinaloa contra los indignados y desposeídos dueños del maíz.¹¹ Al terminar la conquista es de suponerse que volvió a la ciudad de México donde siguió demostrando su interés en la región que había recorrido, allegándose información acerca de las expediciones que años después penetraron hacia el norte.

¿Hizo algún viaje a España? Una frase en la primera parte de su historia podría permitir esta suposición, porque le dice al rey: "deseando servir a Vuestra Majestad y después a estos sus reinos de las Indias *según verbalmente tengo referido a Vuestra Majestad*, * hice y ordené esta general y universal crónica".¹² Pero no he podido encontrar ningún otro dato que confirme esta posibilidad.

En 1582 se hallaba en la Nueva España porque presentó una solicitud para que se le dieran algunos cargos de justicia ya que la encomienda de Tezontepec, que había heredado de su padre, no daba suficiente rendimiento.¹³

En 1584 envió, acompañada de dos cartas, su *Historia* a España. Para 1604, en que Baltasar Dorantes de Carranza escribe, ya había muerto, porque éste dice textualmente:

[De] Rodrigo de Baeza... fueron sus hijos legítimos: Baltasar de Obregón, que sucedió en el pueblo de Tezontepec, el cual tuvo un hijo de su nombre y son muertos ambos, y hoy vive en la Puebla el nieto que quedó del nombre del padre y abuelo, sin los indios, que vacaron.¹⁴

Nos encontramos ante tres Baltasar de Obregón. Cabría preguntar por qué decimos que el autor de la *Historia* es el segundo. Pues bien, sabemos que nuestro hombre fue a la Baja California con Antonio de Luna y que en una parte de su obra se refiere a éste como su suegro. Si el Obregón que en 1582 se encontraba en posesión de la encomienda estaba casado con una hija de Antonio de Luna,¹⁵ no queda ninguna duda de que es el mismo

¹¹ *Ibid.*, p. 54.

¹² *Ibid.*, p. 6.

¹³ *Catálogo de pobladores, op. cit.*, p. 146.

¹⁴ Dorantes, *op. cit.*, p. 310-311.

¹⁵ Obregón, *op. cit.*, p. 115. *Catálogo de pobladores, op. cit., loc. cit.*

* El subrayado es mío.

y desde luego es de suponerse que fue a su muerte que la encomienda quedó vacante.

Por lo que toca a la cronología de la redacción de su obra, no tenemos en realidad ningún indicio. Baltasar de Obregón es algo avaro con las fechas. Solamente sabemos que la primera parte se encontraba ya terminada en 1583 en que la revisó, y aumentó una noticia sobre el intento de repoblación de Sinaloa que en esa fecha hizo Pedro de Montoya.¹⁶ La segunda parte debe ser contemporánea de esta revisión porque en ella se ocupa de narrar las exploraciones que bajo el mando de Francisco Sánchez Chamuscado y de Antonio de Espejo se hicieron los años de 1581 y 1582 en búsqueda del Nuevo México.

Podemos, pues, referirnos a él como a un criollo que participa de la vida de su tiempo, que marcha a intentar conquistas y pide a la Corona reconocimientos para los méritos de sus antepasados. Pero... ¿cómo es su tiempo? Hace unas semanas, aquí mismo, el maestro Manrique nos ilustró, hermosamente, sobre el momento de Dávila Padilla. Aunque el dominico es veinte años más joven que Obregón, creo que su descripción de esta época es válida también para nuestro Baltasar. Los momentos de la epopeya han pasado, los conquistadores y sus descendientes han sido relegados a un segundo término por los representantes del poder real; las disposiciones acerca de la encomienda hacen temer que de un momento a otro las familias que las disfrutaban se quedarán sin los ingresos, ya muy mermados que éstas les producen; los indios han disminuido en forma alarmante, lo que incide en la poca productividad de las encomiendas; los escritos, solicitudes, relaciones de méritos y servicios, quejas que por no oídas se repiten una y otra vez, invaden al Consejo de Indias. Los hijos y nietos de los conquistadores y de los primeros pobladores temen por ellos y por sus descendientes. Un cambio en la vida novohispana se presenta y la sociedad en crisis busca asideros.

La conjuración del marqués del Valle ha significado la sujeción del ayuntamiento a otros organismos donde los criollos no se sienten representados. Todas las antiguas familias, ligadas por relaciones de amistad con los principales conjurados, se sienten susceptibles de ser consideradas sospechosas de infidelidad y vuelven sus ojos al pasado para recordarle al rey su firmeza en su servicio, al ¹⁶ Obregón, *op. cit.*, p. 136.¹ el presente tratan de demostrar, por

todos los medios a su alcance —uno de los más cercanos, fáciles y baratos debe haber sido la pluma— que son tan buenos súbditos como el mejor.

Obregón nació dos años después de dictadas las Leyes Nuevas (1542), de manera que podemos suponer que su infancia presenció todas las diligencias que se llevaron a cabo para conseguir su derogación; que escuchó argumentaciones semejantes a aquellas que el cabildo de la ciudad de México enviaba con sus procuradores a la corte, en que en un tono violentamente agresivo le recordaban al rey que él y su difunto padre Carlos V, no habían cumplido con los compromisos contraídos con vivos y muertos; que tenían obligaciones con los primitivos habitantes de la Nueva España —entendiendo por tales a los conquistadores y primeros pobladores, no a los indígenas—, que seguramente este incumplimiento estaba inquietando el alma del rey don Carlos en el otro mundo; que los conquistadores le habían dado unos reinos muy grandes y muy ricos sin que ésto le hubiera costado ningún sacrificio de su peculio o de su persona. Que muchos conquistadores habían muerto y la Corona no había, ni siquiera, mandado decir misas por sus almas.¹⁷ Este tipo de peticiones cambiaría de tono poco después, cuando los Ávila fueron ejecutados por infidelidad.

Es verdad que las Leyes Nuevas fueron modificadas, pero la modificación no les satisfacía ya que dejaba pendiente sobre su cabeza, o las de sus descendientes, el filo de la segunda o tercera vida. Esto es, la posibilidad de que sus encomiendas ya no pasaran a sus nietos.

Cuando Obregón partió a California, el tono del cabildo era el que he citado anteriormente. Cuando se encontraba en su expedición con Ibarra, los Ávila habían sido apresados. Incluso les dedica, un poco a la pasada, un comentario:

[Dice que en Culiacán] le dieron nueva [a don Francisco de Ibarra] de las prisiones del marqués don Martín Cortés y de sus amigos Alonso de Ávila Alvarado y a Gil González de Ávila. Y como los casos y sucesos que acaecen lejos se tratan de diferentes maneras, entendió el general habría necesidad de su persona y gente de su gobernación para el servicio y defensión de este reino de Vuestra Majestad.¹⁸

¹⁷ Actas de cabildo de la ciudad de México, 9 de enero y 29 de abril de 1562, 24 de mayo de 1563, 10 de febrero y 1º de marzo de 1567.

¹⁸ Obregón. *op. cit.* p. 236.

Parece claro que veinte años después de la conjura, y ya muerto el gobernador de la Nueva Vizcaya, siente la necesidad de testimoniar la fidelidad de éste.

En el tiempo transcurrido después de su regreso vio Obregón pestes, supo de fracasos, de abandonos de villas, de levantamientos de indígenas...

Y en este marco escribe su historia, y es en él, en el que vamos a pretender descubrir qué trataba de hacer con ella. Pero antes, considero necesario referirme al manuscrito, a su edición, y a la estructura que su autor le dio.

El padre Mariano Cuevas descubrió el documento en el Archivo de Indias de Sevilla. Es un tomo encuadernado en pergamino que contiene doscientas cuarenta y cuatro fojas útiles. Trajo una copia a México y se interesó en ella el entonces secretario de Educación, doctor Bernardo J. Gastélum. Le dio todo su apoyo y medios para que se publicara por la propia secretaría en 1924.

La *Historia* está acompañada de dos cartas que hacen la presentación de la obra para tratar de asegurar, que aunque sea sintetizada por "alguno de los servidores de S.M.", éste se entere del contenido de su *Historia*. Espera que con ésto se despierte su interés hacia los extensos territorios norteños. Las fechas en que fueron escritas las cartas son muy próximas, 17 y 26 de abril de 1584.¹⁹

La relación está dividida en dos libros, cada uno de ellos precedido de una introducción. El primero es el más voluminoso y abarca un periodo de tiempo que va desde las primeras noticias que tuvieron los españoles acerca de la existencia de un lugar de origen de los mexicanos, hasta el momento en que el gobernador Francisco de Ibarra suspendió su expedición y dejó para más adelante la realización de un nuevo intento de penetración hacia el Nuevo México. En los cinco primeros capítulos desfilan rápidamente: Cortés, Cabeza de Vaca, Marcos de Niza, Antonio de Mendoza, la rebelión de la caxcana... el lazo de unión entre todos ellos son las informaciones que indican el camino del norte y los intentos de incursionar en la zona. En el sexto capítulo toma su relato la expedición de Francisco de Ibarra, que termina en el capítulo treinta y ocho con que da fin al primer libro. Ibarra se ha quedado en la antesala del Nuevo México. La introducción del segundo libro anuncia que nuevas noticias sobre el norte han

¹⁹ *Ibid.*, p. xxiii-xxv.

vuelto a inquietar a algunos habitantes de la Nueva España, y en los diez capítulos que la siguen refiere las expediciones de Francisco Sánchez Chamuscado y Antonio de Espejo hacia el norte y el descubrimiento de San Felipe del Nuevo México. Tiene al final un memorial que señala los pueblos recorridos por Antonio de Espejo y la distancia, que en leguas, separa a unos de otros.

La introducción al primer libro presenta su concepción de la historia. Ésta es, en primer lugar, ejemplo para otros hombres. Conociéndola se ahorran riesgos y se evitan errores. Es también conservadora de la fama, premio al que aspiran todos los realizadores de grandes hazañas.

Para cumplir con estas funciones de guía de buenas conductas y conservadora de buenas memorias, es evidente que la condición indispensable de la historia es la veracidad. Dice textual:

¿Qué hay que sea igual a la feliz e inestimable verdad, comparada a Dios todopoderoso, encomendada a sus discípulos, ejemplo y guía de buen vivir, tesoro principal sobre todos los del mundo, sin el cual ninguno se puede bien gozar?

De manera, Sacra Cesárea Católica Real Majestad, que sin algunos de estos dones, especialmente el de la verdad, ningún historiador dejará de ir a dar al abismo de la sequedad y no será justo dar crédito a su historia...²⁰

Hay, pues, que buscar la verdad con sumo cuidado, seleccionando testimonios orales y escritos, cotejándolos, haciendo que personas conocedoras los comenten y critiquen y después dándoles la forma y el marco necesarios. Proceder —el símil es de Obregón— como “la abeja que recogiendo la sustancia de muchas y diversas flores, la junta y convierte en dulce miel, a este ejemplo no debo ser culpado de lo que pareciere haber tomado de otras historias, siendo traídas a la memoria con razones, ejemplos y necesario cuadrante a la utilidad de lo que tratare”.²¹

Es de esta manera que él ha procedido, porque a pesar de que en muchos de los sucesos es testigo de vista, ha preferido que todo sea revisado y comentado por aquellos que también los conocieron. En otros casos ha recurrido a historias y relaciones. Cita entre éstas las de Cabeza de Vaca, Illescas, Gómara, pero no las ha adoptado sin crítica, y así no acepta algunas de las afirmacio-

²⁰ *Ibid.*, p. 4.

²¹ *Loc. cit.*

nes de Cabeza de Vaca y Gómara. Cita también testimonios y relaciones de personas conocidas suyas como Ureña —no dice el nombre—, Pedro de Gallegos, los descubridores que fueron en compañía de Espejo, Morales y Cristóbal de Herrera.

Estamos pues ante los elementos que Obregón considera indispensables en una construcción histórica: verdadera, ejemplar y útil.

Creo que, por lo que toca a lo de verdadera no hay más que insistir, ha sido testigo de vista, ha cotejado versiones, ha revisado historias y ha dejado la “miel” lista para que sea saboreada por los reales labios.

Por lo que toca a los otros dos elementos sí creo que hay que buscar un poco más; ejemplar y útil... ¿A quién? Para mayor claridad en esta conferencia vamos a reducir ejemplar y útil a un mismo término, ya que los modelos que proporciona son los modelos a seguir para la consecución de un fin, es decir, que los modelos son útiles, lo ejemplar en este caso, favorece a la utilidad. Y ¿quién va a hacer uso de esta utilidad?, ¿quién va a recibir provecho de ella?: la Corona.

Pretende servirla, ya que de su *Historia* se pueden extraer muy provechosas enseñanzas que podrán aplicarse en algunas acciones por venir. La historia es experiencia transmisible, por lo tanto, la utilidad inmediata de su escrito, es que podrá realizarse una conquista con el mayor margen de seguridad posible. Ahora bien, la experiencia es él quien la posee, de manera que ¿quién mejor que él para que con sus conocimientos de los problemas lleve a cabo una obra tan importante y provechosa para todos?

Tenemos ya a dos personas que pueden inmediatamente recibir los beneficios de su *Historia*, el rey aumentando sus posesiones y él logrando la dirección de una conquista. ¿Quiénes más? Los indios, que serán sacados de las tinieblas en que viven sepultados para atraerlos al conocimiento de Dios y una gran cantidad de hombres que viven sin fortuna y sin oficio, que podrán participar en esta conquista mejorando su situación.

Va, pues, a poner al servicio de todos estos beneficiarios su *Historia*, que cumplirá su papel de transmisora de experiencias. No habla por hablar. Él vivió parte de la aventura de Ibarra. Él actuó algunas veces en forma determinante como cuando encontró el camino de la salvación, en su caso el valle de Sonora, en los momentos en que lo que quedaba del ejército de Ibarra estaba

a punto de perecer.²² Él conoce las yerbas venenosas que usan los indios para emponzoñar sus armas y también los remedios que hay que usar para librarse de la muerte, o de una vida miserable en la que se padecen terribles dolores provocados por las heridas que jamás llegan a cicatrizar o que en casos de muy buena suerte, como el de don Pedro de Montoya, tardan veinte años en hacerlo.²³ Sabe que en algunos momentos las astucias y engaños son la mejor manera de salir triunfantes y el único camino que se presenta; como cuando Francisco de Ibarra desesperado al ver su impotencia en contra de las flechas envenenadas urdió que todos sus soldados se cubrieran con armaduras de algodón y cotas de malla y desfilaran frente a los sorprendidos indígenas pinchándose los cuerpos, en las partes protegidas, con lanzas emponzoñadas, para dejar así una constancia de su invulnerabilidad al poder de estas armas.²⁴ ¡En fin!, sabe muchas cosas y procura que el rey también las sepa. Con todo ésto, es evidente que Obregón ya no pretende los cargos de justicia que dos años antes de terminar su relación ha solicitado, tampoco que se le dé una encomienda mejor que la de Tezontepec que posee por herencia de su padre; quiere, insisto en lo que ya antes he señalado, capitanear una nueva expedición al Nuevo México, o si la voluntad del rey es que otro la haga, que se le de autorización para pasar en calidad de poblador. Piensa que se encuentra viviendo en el momento indicado, que la conquista del septentrión de la Nueva España debe iniciarse ya, que las señas que ha estado dando la Providencia en el sentido de que ya desea que se conquiste el norte son muy obvias.

El intento de hacer notar su persona y de influir en la determinación real, llena cada una de las páginas de su historia. El hilo de la narración se detiene morosamente para señalar una inmensa cantidad de detalles que concentren la real atención en ese hombre que, siendo soldado, procuró absorber con empeñosa solicitud todos los detalles que un buen capitán no debe nunca olvidar. Cada vez que Ibarra y sus huestes tocan un lugar, pasan por una región, o combaten con una tribu, viene la obligada descripción de todo lo que a la zona concierne: su naturaleza, su clima, la fertilidad de su tierra, los caminos que la comunican,

²² *Ibid.*, p. 219-220.

²³ *Ibid.*, p. 156.

²⁴ *Ibid.*, p. 151.

las tribus que la habitan, sus costumbres, sus formas de habitación, los principales alimentos que consumen, las rivalidades con sus vecinos y, en lugar destacado, las noticias que sobre la existencia de minerales ha podido recoger.

Toda esta información, que como antes dije, está dispersa y mezclada con su narración, termina por resumirla, aunque no totalmente, en un proyecto de conquista, que se encuentra expuesto en los capítulos treinta y tres y treinta y cuatro.²⁵

El capítulo treinta y tres lo dedica a los apoyos que deberán recibir quienes partan a la conquista de Nuevo México. Señala que uno de los principales problemas para la conquista del norte es la lejanía en que se encuentran aquellos territorios, respecto a los centros importantes de tráfico comercial, de los lugares donde los ejércitos pudieran proveerse de los armamentos, provisiones, animales y medicinas necesarios para la supervivencia.

La condición para que la conquista y su posterior poblamiento de esta zona puedan tener éxito, es la posibilidad de crear un centro de trato comercial que no se encuentre a grandes distancias. Un sitio que permita la adquisición rápida y barata de los objetos necesarios a los habitantes de Nuevo México. Lo ideal sería la localización de un puerto que cumpliera con esta función de punto de apoyo de quienes se internarán en tan extensas y desconocidas regiones.

Trata entonces de señalar el lugar indicado para el puerto y analiza los conocimientos que en esa época se tenían de la zona. La población más septentrional, era Santa Bárbara, pero Santa Bárbara se encontraba muy alejada de la costa y a doscientas sesenta leguas de las tierras que se pretendía explorar. Por las costas, las posibilidades de localización de un puerto eran pocas hasta el momento. En la del Atlántico —la Mar del Norte—, se encuentra la Florida, que separada de la región de San Felipe de Nuevo México, por más de cuatrocientas leguas, hace imposible la pretensión de darle un puerto por allí. En el Pacífico —la Mar del Sur—, la situación es un poco menos dura, pero la dificultad es grande, porque sus costas se encuentran a doscientas leguas, y para llegar al ya citado San Felipe se deberá cruzar por una serranía muy difícil y escarpada. Tal vez ayudaría a paliar un poco este problema que además de la fundación del necesario puerto, se estableciera una población. Esta población debería fun-

²⁵ *Ibid.*, p. 201-213.

darse en el Valle de Sonora y serviría de escala a quienes comerciaran por el tan llevado y traído puerto. Existe otra posibilidad en la que Obregón pone grandes esperanzas, pasar adelante de la provincia de San Felipe de Nuevo México y encontrar el río del Salado que, según noticias fidedignas recogidas por él, permite la comunicación de la Mar del Norte con la del Sur. Con este establecimiento se permitiría el avío seguro y barato de las tierras norteñas y su conquista y poblamiento correrían con mejor suerte. Ya antes de iniciarse la conquista del norte, vemos señalado por Obregón, uno de los problemas que aquejó a estas tierras durante la Colonia: la falta de un medio de comunicación con los centros comerciales y el encarecimiento de la vida que, para los colonos de estas regiones tan apartadas, significaba tener que transportarlo todo desde sitios tan lejanos como Acapulco y Veracruz, la ciudad de México o Querétaro. Este problema que nunca se solucionó, aparte de que fue la causa del frecuente abandono de poblaciones, puede considerarse como el temprano origen de ese deporte tan practicado por nosotros que es el contrabando.

Pero volvamos a Obregón. Después de que procura señalar la importancia que tiene el establecimiento de "bases" que den apoyo y auxilio a la conquista del norte, pasa, en el capítulo treinta y cuatro, a señalar las condiciones indispensables para lograrla con éxito.

Primero atiende a la selección de los participantes: deberá tenerse sumo cuidado al escoger al capitán, tomando en cuenta sus servicios, méritos y costumbres. Deja ir el comentario amargo cuando subraya: "Pues sé que es averiguado e muy ordinario que pertenecen los gobiernos, cargos e capitánías a hombres que si no se valiesen de medios desordenados e disfrazados con mañosas lisonjas, dádivas y ardides, serían del todo olvidados, y otros que con merecerlos, están muy descuidados a lo menos de pretenderlos. . .",²⁶ y cita un ejemplo edificante, la designación de David, que estaba apacentando sus ovejas y no había sido presentado a Samuel, señalando así al rey y a sus funcionarios un prudente y santo modelo de elección, que aconseja poner los ojos en los que no están presentes.

Sigue en orden de atención la designación de los frailes que participen en la jornada, quienes deberán tener el respeto, estimación y obediencia de los españoles, para que la manera en que

²⁶ *Ibid.*, p. 205-206.

éstos los traten sea el ejemplo que sigan los indígenas convertidos y los respeten, obedezcan y den crédito.

Los soldados y los caudillos tendrán buenas relaciones para que no existan entre ellos odios y enemistades.

También se ocupa de señalar los objetos que son muy necesarios a los soldados, como las medicinas para curar las enfermedades y heridas de las guerras y en especial, por lo que toca a esta región: solimán crudo y agua de membrillos, que son los remedios aconsejables para curar el veneno que usan los indios. En un capítulo anterior indicó que los indígenas tenían una yerba que usaban como contraveneno, pero él no la puede recomendar porque no le fue posible probarla. El gobernador Ibarra se opuso a que envenenaran a un indio y demostraran en él la eficacia del remedio.²⁷ El solimán es, pues, lo más seguro. Da la forma de aplicación: "Hanse de sajar las hinchazones junto a la herida y en las sajas y heridas se ha de espolvorear el solimán",²⁸ después deberá beberse el agua de membrillos. Para evitar la penetración de las puntas envenenadas son las cotas de malla mediana las más aconsejables, porque la menuda se deshace por el moho y es muy difícil de conservarla limpia.

Continúa recomendando las armas defensivas y ofensivas, para pasar después a tratar de las providencias que deberán tomarse en relación con el problema de la lejanía de las tierras, mientras puede ponerse en práctica el plan presentado en el capítulo anterior. Para evitar carencias deberán transportarse herrajes y herreros, maderas y carpinteros, municiones que tendrán que asolearse para que se mantengan secas, ganados y útiles para la busca y ensaye de los metales. También aquí Obregón ha tenido una experiencia. Ante la falta de herreros y fraguas él hizo "clavos de herrar, sin fuego; sacando las puntas en una bigornia, dejando las cabezas a manera de alcayatas; los cuales eran de hebillas de cinchas, guarniciones de espada, hierros de estribos".²⁹

Pasa al orden en el campamento que deberá ser muy estricto para evitar sorpresas. Los caballos se atenderán con especial cuidado para que no los maten. Aconseja que se salga al paso de graves problemas quitándoles los naipes a los soldados, porque aparte de que pierden el tiempo, son causa de que se altere la

²⁷ *Ibid.*, p. 156.

²⁸ *Ibid.*, p. 207.

²⁹ *Ibid.*, p. 229.

paz y de que lleguen a jugar las armas. Se evitará acampar cerca de poblaciones donde puedan desertar los hombres y originar choques con los habitantes.

En lo que toca a la relación con los indígenas se procurará no cargarlos con exigencias de trabajos o alimentos, porque ésto puede causar levantamientos. Se deberá acampar fuera de los pueblos de indios porque esta convivencia puede ser explosiva. Se les exigirá a los soldados que guarden castidad para que no lastimen a los indígenas en sus mujeres y los pongan "en cuidado y celo". Además con ésto acatarán "el mandamiento y precepto de Dios Nuestro Señor",³⁰ y lo tendrán contento, evitando así cualquier castigo que éste pudiera mandarles en caso de no cumplir con sus dictados.

También anota que las señales de la guerra son grandes humos en las poblaciones, si se las llegara a ver deberán ir los soldados muy prevenidos.

Aconseja como una buena medida ayudarse de las rivalidades entre las tribus y utilizar a unos enemigos contra otros, de la manera en que lo enseñan los ejemplos de Cortés y de Ibarra.

Ya hecho un establecimiento no se señalarán servicios personales a los indios, o si se hace será con moderación y por breve espacio de tiempo, porque esto puede ser motivo de alzamientos y despoblaciones.

Como se ve, algunas de las disposiciones que presenta pueden considerarse de tipo general, ya que en cualquier conquista es indispensable guardar la armonía entre los soldados, ayudarse de las rivalidades existentes entre las tribus o tener bien vigilado el campamento. Pero otras obedecen a características y costumbres de la zona que se pretende conquistar, como es que no se les quite a los indios su comida porque estos pueblos sólo producen lo necesario para su subsistencia, la noticia de que usan veneno para aumentar la peligrosidad de sus armas, el hincapié en que no tienen costumbre de trabajar para otros, o el problema de las distancias que hay entre los lugares y de lo caluroso del clima.

Ahora bien, si atendemos a sus descripciones, incluso a algunas de las providencias que aconseja tomar para la conquista, vemos que las tierras que describe no son nada atractivas, que hay muchas dificultades y que el calor es insoportable. ¿Qué encuentra en el norte, habitado por grupos semisalvajes, "caribes y alára-

³⁰ *Ibid.*, p. 210.

bes" como él los llama? ¿Qué pueden ofrecer aquellas grandes extensiones de tierras semidesérticas, montañosas y de terrenos tan escabrosos que se llegan a perder las esperanzas de encontrar una salida? ¿Qué hay, repito, en territorios de grupos de indios dispersos por zonas poco pobladas donde hay que tener mucho cuidado para no inconformarlos con trabajos excesivos y tener alguna mano de obra? ¿Qué interés lo lleva hacia el norte?

Salta a la vista que una de estas causas sería la existencia de minas. Las minas que son, de acuerdo con las opiniones de Obregón, el cebo que morderían muchos para aceptar tantísimos trabajos como anuncia. Este señuelo que hacía que las poblaciones no se abandonaran, que es el atractivo que tiene siempre presente y que señala expresamente cuando describe el territorio de Guainamota y advierte que "no es tierra que se puede poblar sin que primero estén descubiertos y experimentados metales ricos, así por ser tierra áspera y poco poblada, como por ser de gente rústica, débil y villana y sin casas de asiento".³¹

No es él, desde luego, invulnerable a este atractivo. Desde que fue con Antonio de Luna a la Baja California, ensayó en Chiametla las rocas de unos minerales de los que dio noticias posteriormente. El asunto de las minas tiene tanta importancia para Obregón que se convierte en estribillo obligado. Después de la descripción de territorios y poblaciones, el comentario de que sería conveniente ensayar en esa zona porque se dice, se cree, se sabe o se ha comprobado que hay minerales y que encontrarlos sería cosa muy provechosa para el aumento de vasallos, de quintos y tributos y para la destrucción de las idolatrías, abominaciones y pecados, se repite con una regularidad que llega a hacerse cansada. Pero es que sabe perfectamente que su cebo es tan bueno, que es posible que también esté dispuesta a dejarse prender en él la Sacra Cesárea Católica Real Majestad de Felipe II.³²

Pero Obregón busca algo más, insisto en lo que he dicho anteriormente. Ha localizado minas, inquiera sobre ellas, las procura... pero también se fija su curiosidad en otras cosas. Existe otro tema menos frecuente, si vamos a atender las veces que lo trata, pero que tiene un relieve principalísimo. Es el punto clave para efectuar una conquista más accesible y fácil en el norte de la Nueva España. Me refiero, claro está, a la localización del

³¹ *Ibid.*, p. 236.

³² *Ibid.*, p. 27.

canal del Salado, el estrecho que lleva hasta los Bacalaos y la mar de Irlanda, comunicando las mares del Norte y del Sur. Grandes cosas se pueden esperar de la penetración hacia la parte septentrional de San Felipe de Nuevo México, y no es de las menores la gloria de ser el descubridor de aquel paso del que Cortés había esperado tanto. Ese paso se encuentra allí, se poseen muchos testimonios de ello. Si se localiza podrá adquirir mayor gloria y poderío el imperio español. Voy a leer un pequeño párrafo en que da noticia de este paso:

... Hubo insinia y sospecha de que llegaron cerca del gran río Salado y del Mar del Norte, a donde se tiene por cosa cierta ser el estrecho de los Bacalaos hacia Irlanda. Este estrecho y costa ha sido deseado su descubrimiento para continuar desde él viaje a España y descubrir las naciones de gentes que habitan en sus rededores y comarcas.

Pero las esperanzas de Obregón tampoco se detienen allí, hay todavía otro motivo que impulsa a nuestro hombre. El anuncio de un lugar que existe, pues todas las informaciones coinciden en señalar su realidad, un lugar que pertenece a la Nueva España porque es el origen de los pueblos que señalaron Tenochtitlan: el Nuevo México. Ese sitio que, junto con las noticias acerca de la gran Quivira, hizo enfrentarse a Hernán Cortés y a Antonio de Mendoza. El Nuevo México, lugar del "origen, venida, raíz y tronco de los antiguos culguas mexicanos",³³ como dice nuestro autor en una de las primeras páginas de su *Historia*. El reino del que, según los mexicanos hicieron constar en sus pinturas, salió un día uno de los pueblos más civilizados que se encontraron en las Indias. Esto era sabido desde que los hombres de Cortés encontraron algunos códices en el palacio de Moctezuma y se confirmó con las noticias que portaba Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. Existían siete ciudades muy ricas. Fray Marcos de Niza aumentó la información: las fachadas de las casas, que eran de dos o tres pisos, estaban recubiertas de turquesas. Las siete ciudades... Las leyendas se tejen, se mezclan... siete cuevas, mítico lugar de origen de los mexicanos, siete ciudades, mítica fundación de siete obispos. La leyenda medieval y la prehispánica unidas para darle a un criollo empobrecido la esperanza de un renacimiento de su tierra, tan asolada por la ingratitud de algunos funcionarios y por

³³ *Ibid.*, p. 10.

la poca atención que a los leales vasallos de España que habitan en la Nueva, se les da. Un criollo, descendiente de aquellos que junto a Cortés construyeron sobre las ruinas de Tenochtitlan el más rico e importante reino que posee el soberano español en las Indias, le pide, le suplica que le de la oportunidad de entregarle otro reino, más rico, más importante que la Nueva España.

Presenta toda la información que puede sobre su mito, un mito americano que impulsa a los hombres igual que los de las amazonas, o la California. No en balde dedica el primer capítulo de su *Historia* a hablar de las primeras noticias recogidas por Cortés sobre esta región, para continuar con los dichos de Cabeza de Vaca, con las informaciones que recibió Ibarra, los irlandeses, los franceses y los españoles que supieron algo de ésta. Hace especial hincapié en las noticias recogidas por Juan Juárez, vecino del pueblo de Rodilla, quien supo que en las márgenes del río Salado se veían multitud de canoas guiadas por gente de muy alta civilización, vestida de algodón y que habitaba en casas de tres pisos. Gente que tenía un rey que lucía una corona de cobre muy bien labrada y que poseía objetos de oro y plata. Este hombre informó al virrey Velasco de todo lo anterior y dejó relaciones que poseían los descendientes de Enríquez de Almanza.³⁴

Las últimas expediciones han recogido aún más noticias, que hacen concebir muy halagüeñas esperanzas. Se han encontrado a los pueblos más civilizados entre los que hasta ese momento se habían conocido. Más civilizados que mexicanos y peruanos, porque los mexicanos y los peruanos no habían alcanzado las perfecciones constructivas que tienen los habitantes de Nuevo México. Éstos tienen casas de dos y tres pisos, con patios recubiertos de losas. Las calles son anchas y adornadas con plazas. Los baños son superiores a los de los mexicanos. La loza es de mejor calidad y con la decoración más finamente trabajada. En la forma de vestir son también superiores porque sus trajes son de algodón y les cubren todo el cuerpo, no como los mastles que cubren poco.³⁵ Sobre el oro y la plata labrados las noticias no han aumentado, pero en cambio por todos sitios aparecen las minas. Ese Nuevo México ya, descubierto por Sánchez Chamuscado y Antonio de Espejo, está apenas entrevisto. Pero por la rendija de esa puerta entreabierta deja pasar la esperanza para todos aquellos que viven

³⁴ *Ibid.* p. 203-204.

³⁵ *Ibid.* p. 263-264.

en trabajos, que sufren necesidades y que quieren servir a Su Majestad. Lo único que el rey tiene que hacer es permitir que la rendija deje de serlo y que las puertas se abran de par en par. Éste es el mensaje de Obregón.

Quisiera volver, ya para terminar, a la comparación que en el inicio hice entre Obregón y Bernal. Recordemos al viejo conquistador, amargado, resentido, escribiendo en Guatemala sobre sus esfuerzos, sus luchas, sus sueños, las riquezas que se esfumaron, las esperanzas que se materializaron en una situación económica que le disgusta. En verdad, para Bernal, como para muchos otros, la epopeya ha terminado, el pasado no puede renacer, sólo se puede recordar. Bernal espera recompensas como consecuencia de ese ayer, pero no piensa en ningún momento que la recompensa sea una autorización para recrear ese tiempo anterior. La certeza de que no se repetirá esa historia da a la obra de Bernal una profundidad en lo remoto que la hace legendaria. Obregón quiere de alguna manera retomar su papel; quiere repetir la historia, con un papel mejor para él, pero repetirla y para ello la arrastra al presente, la convierte en un proyecto. Por más que quiera elevar la conquista de Ibarra, no logra darle nunca aire de leyenda. La leyenda está con Bernal, y si se va a hacer renacer la epopeya es por la relación con Cortés y su conquista. Ibarra es sólo un paso, un antecedente, un avance hacia el Nuevo México, pero la liga, la doble línea que se tiende con la conquista de Nuevo México va dirigida a México-Tenochtitlan. Está vinculada al origen de la tierra de Obregón. Apoderarse de Nuevo México significa retomar algo entrañablemente suyo: un descendiente de aquellos valerosos compañeros de Cortés, va a conquistar a los ascendientes de los antiguos habitantes de la Nueva España, a los antepasados de los súbditos de Moctezuma.